

El juicio particular

Martha Morales

Hay una historia detrás de la creación de los premios Nobel, el máximo galardón que se confiere a representantes de las artes y de las ciencias. Alfred Nobel, un químico sueco, amasó una fortuna inventando poderosos explosivos y vendiendo la fórmula a los gobiernos para la fabricación de armamento. Un día murió el hermano de Nobel, y por error un periódico publicó la necrología de Alfred. En la nota se le identificaba como el inventor de la dinamita, el hombre que se hizo rico y permitió que los ejércitos alcanzaran un potencial mayor de destrucción. Nobel tuvo la oportunidad exclusiva de leer su propio obituario en vida, y de saber por qué cosas sería recordado. Fue tal su consternación al comprobar que pasaría a la historia como un mercader de la muerte y la devastación, que tomó su fortuna y la usó para crear la fundación que habría de premiar los mayores logros en diversos campos útiles para la humanidad, y es por eso -no por los explosivos- que se le recuerda hoy. A. Nobel tuvo la oportunidad de leer anticipadamente el juicio que le daría la posteridad. No es difícil que el veredicto coincidiera con el de Dios. Llamados a él, ¿podremos también adelantarlo nosotros?

Nuestra fe nos dice que *inmediatamente después de abandonar el cuerpo, el alma es juzgada por Dios*. Cuando los que están junto al difunto se percatan de su fallecimiento, el alma ha sido ya juzgada; sabe ya cuál es su sentencia. El juicio individual del alma inmediatamente después de la muerte se llama Juicio Particular. Es el momento crucial para todos, el momento en que se decide nuestra eternidad.

Al alma no se le hace esperar durante siglos su juicio; ni siquiera espera un instante. Esto es breve porque en el juicio divino no se precisa discusión o deliberación alguna, como en los juicios humanos. En un instante, con la ayuda de la luz divina, el alma se conoce a sí misma, conoce lo que merece y recibe su merecido. El hombre muere y ya ha sucedido todo. Todo transcurre en un instante o fracción de instante, en un tiempo que es inextenso. ¿Y el juicio, y el tribunal? Todo se reducirá a una mirada de Cristo Juez (José María Cabodevilla, *365 Nombres de Cristo*, El Tribunal, BAC, Madrid 1997, pp. 662-3).

La única pregunta en el juicio particular

San Juan de la Cruz dice: *a la tarde te examinarán en el amor (Dichos, 64)*. ¿Tenemos hechas las maletas del alma, es decir, nos encontramos desprendidos de cuanto pudiera atarnos a la tierra? Durante nuestra vida terrena solemos practicar el arte de olvidar nuestras malas acciones y, además, buscamos velar y deformar los verdaderos motivos de nuestras obras. Como un hilo sutil que se cuela en la menor de nuestras acciones, el amor propio desordenado nos lleva a buscar la propia excelencia. En el juicio particular, ante nuestros ojos aparecerá con todo detalle la totalidad entretejida de todas nuestras palabras, pensamientos obras y omisiones.

La medida por la que seremos juzgados es la santidad, verdad y amor que es Dios mismo. No serán la conveniencia, ni la opinión pública, ni la utilidad, los cánones que decidirán nuestro destino. En definitiva, seremos juzgados por la sola proximidad o lejanía de Dios. La base bíblica está en la Carta a los Hebreos (el juicio de Dios) dice: Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón (4, 12).

El juicio es un encuentro con la misericordia

Para entender mejor el juicio particular debemos tener en cuenta que por toda culpa humana y por todo el pecado del mundo, Cristo pagó con su sangre en la Cruz. El infinito amor de Dios *quiere* salvar a cada hombre, pero hace falta poner de nuestra parte fe y obras.

Nuestra confianza radicarán en el amor de Jesús que está en cada uno de nosotros y que es la fuente de todos nuestros méritos ante Dios. Los santos han tenido siempre esta conciencia: sus méritos son pura gracia. Nosotros quisiéramos que Dios nos admirase y premiase como reconocimiento de nuestros méritos. Y resulta al revés: Dios nos ama a causa de nuestra miseria, y tanto más cuanto más miseria tenemos, como hace un padre con su hijo enfermo. Si sentimos mortificada nuestra 'dignidad' en aceptar, como personas insignificantes, un amor gratuito de misericordia, no podremos entender la pequeñez (que es la verdadera humildad), ni la gracia de la Redención. ¡Y ay de nosotros si, excluyéndose de la misericordia, creemos poder contar con un premio según la justicia!

Santa Margarita María de Alacoque, estando a punto de morir, decía: "¡Qué dicha! Voy a ser juzgada por aquel a quien he amado tanto...". Para el momento de la comparecencia encuentran los santos el fundamento de su confianza en el amor del Padre. Citamos a san Josemaría: *cuando te vea por primera vez, Dios mío, ¿qué te sabré decir? Callado, esconderé mi frente en tu regazo... y lloraré, como cuando era niño.*

Tus ojos mirarán todas mis llagas... Te contaré después toda mi vida... ¡aunque Tú ya la conoces!

Y Tú, para dormirme, lentamente, me contarás un cuento que comienza: 'Érase una vez un hombrecillo de la tierra... y un Dios que le quería con locura..' (revista Palabra 359, XI-94 (629), p. 59).

La balanza de Dios es exacta, decía Job (Jb 31,6). Sirve para pesar los montes y otros accidentes de la tierra (Is 40,12), pero también para pesar los corazones humanos (Pro 16,2; 21,2). Los autores clásicos han utilizado profusamente esta imagen de la balanza cuando exhortan a sus lectores a practicar la virtud: es conveniente acumular el mayor número posible de méritos en un platillo para así contrarrestar el peso de los pecados que gravan el otro platillo.

¿Es posible adelantar el Juicio Particular?

Sí, por la realización del examen de conciencia al final del día, acudiendo al Espíritu Santo para discernir dónde se ubicó nuestro corazón. También, por el encuentro eucarístico dominical con Jesús, de modo que se nutra en la doble mesa del Pan y la Palabra. Cada mes, por la práctica de la confesión sacramental, que afina los oídos del alma y ayuda a superar cualquier deformación de conciencia. Cada año, por la participación en Cursos de Retiro espiritual, donde el recogimiento más profundo y la búsqueda de la voz de Dios permiten llegar más a fondo en las disposiciones personales y el discernimiento de la voluntad de Dios.